





Colección Poesía del Mundo  
Serie Contemporáneos

# Te llamo desde un muro





Marcos Ana

# Te llamo desde un muro



Ministerio del Poder Popular para la Cultura  
Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

Fundación Editorial



elperroylarana

© Marcos Ana

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2008

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio.  
Caracas - Venezuela. Telfs.: (58-212) 3772811 / 8084986

Correos electrónicos:

elperroylaranaediciones@gmail.com

comunicaciones@elperroylarana.gob.ve

editorial@elperroylarana.gob.ve

Página web:

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

### **Edición al cuidado de**

Eva Molina

Raylú Rangel

Álvaro Trujillo

### **Diseño de la colección**

Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal lf4022009800801

ISBN-978-980-14-0419-4

Impreso en Venezuela



**Gobierno Bolivariano**  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la **Cultura**



**Poesía del Mundo**, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas, he aquí un proyecto editorial sin precedentes cuya finalidad es dar a nuestro pueblo las muestras máspreciadas de la poesía universal en ediciones populares a un precio accesible. Es aspiración del Ministerio del Poder Popular para la Cultura crear una colección capaz de ofrecer una visión global del proceso poético de la humanidad a lo largo de su historia, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores, estudiosos, etc., puedan acceder a un material de primera mano de lo que ha sido su desarrollo, sus hallazgos, descubrimientos y revelaciones, y del aporte invaluable que ha significado para la cultura humana.

Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, haciéndonos reconocer los unos a los otros en el milagro que es toda la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta, vaya esta contribución de toda la **Poesía del Mundo**.





## Nota editorial

La poesía de Marcos Ana es una significativa muestra de la dura opresión fascista del siglo XX español, debido a que fue escrita bajo los umbrales de la opresión y la cárcel, a los que el autor estuvo sometido durante veintitrés años.

En esta edición, además del trabajo poético, presentamos un compendio de textos pertenecientes a la edición de *Te llamo desde un muro* (1963), publicada en Venezuela por ediciones Libertad para España. Estos textos son una semblanza de Marcos Ana a cargo del contralor general de la República, Clodosbaldo Russián; otra tomada de la revista manuscrita *Muro*, de la prisión de Burgos, España; un texto de presentación “¿Quién es Marcos Ana?”; dos cartas al autor, una de Pablo Neruda de 1962, y otra de Rafael Alberti y María Teresa León. Cerrando este compendio de textos preliminares se encuentra “Traigo una voz encarcelada”, discurso de Marcos Ana en 1962. Además de los poemas de *Te llamo desde un muro*, se incluye en este volumen una selección de otros poemas del autor, publicados una vez en libertad.



## Mis recuerdos de Marcos

Conocimos a Marcos Ana, desde la Isla del Burro, una pequeña porción de tierra rodeada por el lago de Valencia, en los céntricos estados Aragua y Carabobo, del territorio venezolano y, donde la saña represiva de los gobiernos “democráticos” de AD-Copei, habían establecido una versión latinoamericana de los campos de concentración que en Europa crearon los nazis en la segunda guerra mundial.

Apunto, lo conocimos, por cuanto fue un encuentro plural, colectivo. Lo hicimos los cientos de presos con varios años tras las rejas y las alambradas. Nos pareció extraordinaria y bella su poesía. Nos conmovió la fuerza de su mensaje y nos alentaba para seguir transitando el camino de la revolución, abstracción hecha de las condiciones materiales de existencia.

Cuando lo conocimos, él estaba del otro lado del Atlántico, pero lo sentíamos tan cerca, tan nuestro, que sus 23 años de cárcel nos lo presentaban como un hermano mayor, cuya conducta ejemplar debía servirnos de norte.

Lo conocimos y de inmediato lo admiramos. Lo conocimos por la edición que a finales de 1963, se hizo en Caracas, de “*Te llamo desde un muro*”, en la serie Libertad para España, que sin lugar a dudas representaba la libertad en todos los pueblos del mundo, que luchan por lograr el amor y la felicidad social.

**Clodosbaldo Russián**

Caracas, junio 2007

Farmacia, este es un libro que la  
Editora del Estado Venezolano, publica  
con motivo de mi último viaje a  
Caracas. Con un abrazo

MARCO F.

He vivido la vida que he preferido vivir,  
la vida dura pero noble de un revolucionario.  
Y a pesar de los naufragios sufridos  
y las decepciones que la lucha y la vida a veces nos deparan,  
si mil veces naciera mil veces volvería a ser lo que soy  
y a pensar como pienso.

Marcos Ana  
*Decidme cómo es un árbol*  
*(Memoria de la prisión y la vida)*



## **Fernando Macarro Castillo**

(Causa N° 120.967)

El más antiguo de los presos políticos españoles. Fue detenido en 1939, al terminar la guerra civil, y aún continúa encarcelado. Tenía entonces 18 años de edad y se le acusó de haber sido dirigente de la JSU. Ha dejado en las celdas y en los patios de los presidios toda su juventud y la mitad de su vida. Su vía crucis comenzó en los campos de concentración de Los Almendros y Albaterra; pasó por las prisiones de Porlier y Conde de Toreno; por los penales de Ocaña y Alcalá de Henares, para desembocar en la prisión central de Burgos, donde se encuentra en la actualidad.

En el año 1943, hallándose cumpliendo la condena de guerra —dos veces tuvo la pena capital—, fue nuevamente procesado, en la Prisión de Porlier por “haber participado en la confección de un periódico manuscrito destinado a conmemorar la fiesta del 1º de Mayo”. Por este delito que en casos semejantes se sanciona con dos meses en celda de castigo, a Fernando Macarro se le torturó bárbaramente y se le impuso otra pena de 30 años de reclusión mayor, que es la que está cumpliendo en la actualidad desde hace cuatro años.

Es el decano de las cárceles españolas. Lleva ya veintidós años y medio de prisión ininterrumpida y si la amnistía no lo remedia no extinguirá su condena hasta el otoño de 1980. Es decir, saldría de la cárcel a los 57 años de edad habiendo ingresado en ella a los 18. Durante su permanencia en prisión ha pasado por el dolor de perder a sus padres.

Su hermana, Margarita Macarro Castillo, vive en la calle cardenal Tenorio, N° 2 de Alcalá de Henares (Madrid).

Tomado de la revista manuscrita *Muro. Páginas de la Prisión*.

Burgos, España. Agosto, 1961



## ¿Quién es Marcos Ana?<sup>1</sup>

Fernando Macarro Castillo nació hace cuarenta y tres años en Ventosa del Río Almar, pueblecito de la provincia de Salamanca. Pero no hagáis caso de esa fecha porque os engañaríais lastimosamente acerca de su verdadera edad. No importa el año en que naciera: ¡recordad que ha estado veintitrés años encarcelado! Y pensad [...]

1939. Prisionero en el tristemente célebre Campo de Albatera (Valencia) donde hay cuarenta mil personas, comienza su martirio. Al aire libre, sin cobijo alguno, niños, hombres y mujeres, desaparecen bajo los efectos del hambre y las enfermedades; pero, sobre todo, las denuncias. Cualquiera miserable aparece vestido de falangista y señala con el dedo a quien quiere, caprichosamente, aun sin conocer a nadie, a veces; y así comienzan las terribles “sacas”.

No tiene ambiciones, pero sí un ideal, piensa que algún día los hombres del mundo serán amigos sinceros. Y que en España también habrá alegría auténtica, paz, trabajo y libertades humanas. [...]

---

1 En 1963 los miembros de Libertad para España publican en Caracas el libro *Te llamo desde un muro. Voces de la prisión*, de Marcos Ana. El texto “¿Quién es Marcos Ana?”, sirvió para presentar a los lectores venezolanos poemas y otras palabras del poeta que en ese entonces acababa de salir de las cárceles franquistas. La vida y las historias de Marcos Ana salieron clandestinamente de la prisión y se convirtieron en una leyenda que muchas veces eran contadas de boca a boca.

Visto el texto al día de hoy y disponiendo de informaciones más contrastadas, encontramos algunas inexactitudes, aunque no de fondo. Incluimos un extracto del texto que escribieron los compañeros de Libertad para España.

Tus poesías están en la sangre, en el corazón de las madres, de las viudas y de las compañeras cuyos hombres murieron asesinados porque como nosotros defendieron y defienden nuestras libertades humanas.

Tus palabras, tu grito, amasado con la pena y el llanto de los que sufren, con el ardor indomable de los que luchan, con la generosidad del que siembra y la entereza del que forja; tus palabras están vivas siempre en el corazón de los oprimidos [...]

Pero nosotros rechazamos a los neutros y a los vacilantes, a los cómodos y a los que se pulen las uñas. Lo que tú has escrito, Marcos Ana, es verdadero... En muchos países —no sólo en España, tú bien lo sabes— los jóvenes han aprendido ya tus versos. Los entienden y, sobre todo, los practican: eso es muy importante.

Tu mensaje de humanidad y heroísmo no morirá nunca.

En nombre de Libertad para España, recibe un abrazo fraternal con toda la emoción y sinceridad de quienes, junto a nosotros, luchan para que no sea posible que se encarcele ni se mate a nadie por sus ideas democráticas.

*Aerre*

## Carta de Pablo Neruda

*Santiago de Chile. Enero de 1962*

Quiero enviarte, Marcos Ana, algunas palabras, y qué poca cosa son, qué débiles las siento cuando se enfrentan a tu largo cautiverio, qué poca y pequeña luz para la sombra de España! Desde aquellos días en que perdimos —los pueblos y los poetas— la guerra, perdimos también toda gran parte de la poesía y muchos perdieron o la vida o la libertad. Así se me murieron muchos poetas y sufrimos también nosotros tormento y muerte. Añadimos una cruz y otra cruz a la necrología de este tiempo y estas cruces las trazamos en nuestro propio pecho para que no pudieran olvidarse. Les reprochamos a todos el olvido que nosotros no aceptamos, nosotros los que continuamos heridos.

Por eso cuando sales a respirar la pobre libertad española, qué poco significarían estas palabras si no llevaran en ellas tu propia pasión, la misma lucha tuya y nuestra común esperanza. Tú eres el rostro que esperábamos, resurrecto, resplandeciente, como si en ti volvieran a vivir luchando los que cayeron.

Te recibimos en la ardiente poesía militante que seguirá peleando porque no tiene sílabas sino sangre. Te abrazamos con infinita ternura y con la viva fraternidad de quienes siempre te esperaron.

*Pablo Neruda*

## **Carta de Rafael Alberti y María Teresa León**

Querido amigo nuestro, de Rafael y María Teresa:

Hoy sabemos lo que es el júbilo. Estamos contentos.

Has salido de los años amargos con tu juventud intacta. Estrenas la vida. Has ingresado por la puerta grande al amor de tus gentes: tus gentes somos nosotros, tu familia, la que sufría esperándote.

A veces ocurren estas cosas, y un hombre con sus sufrimientos de hombre, aunque existan otros con las mismas penas, resume en él los símbolos dispersos. Esto te ocurrió a ti. Durante estos años tu nombre ha corrido con sus pequeñas sílabas al rojo, despertando a los que dormitaban. Tuvo ese poder. Tus palabras rítmicas eran las voces al unísono de muchos, la angustia de las casas sin fuego de hombre, las mujeres sin cobija de varón, los niños llenos de preguntas sin respuesta. Nos acostumbramos a tender la mano con dos lágrimas en la palma, rogando a todos los que quisieran oír. Oyeron muchos, tantos que asombró lo vivo del recuerdo de nuestra lucha heroica, inacabada en el corazón de los mejores ciudadanos del mundo.

Durante años, te digo, hemos tendido la mano para detener a los que parecían tener prisa en olvidar. No, no podemos hacerlo aunque queramos porque nuestra razón está en nuestra paciencia. Aunque parezcamos mendigos, los españoles debemos seguir pidiendo, contando, hablando, iluminando las cárceles oscuras para que la gente mire y vea y comprenda.

Has de saber, Marcos Ana, cómo ha habido compatriotas tuyos vigilando siempre. Deberías conocer a las mujeres

llenas de coraje para el amor al prójimo, cómo responden cuando el sufrimiento las necesita. Hubieras debido verlas ir de aquí para allá, repitiendo verdades simples con su mano tendida, protegiendo de lejos vuestras noches encarceladas. Pedían y pedían luz para vuestros ojos, justicia y todo eso a que parecen tener derecho los hombres cuando están en libertad.

Así tu nombre pasó de boca en boca desde la universidad hasta la pequeña reunión de vecinos. Eras para estas mujeres el hijo que le salió poeta, tal vez el amante encadenado. España, algo olvidada en sus contornos físicos por todos nosotros, hijos del alejamiento, resonaba por ti otra vez. Tu voz nos permitía descubrir a las gentes una generación española nueva. Era la generación blanca, los hijos de vencedores y vencidos que se unían. Estabas entre ellos. Nos llegaron libros y libros de poetas. Habían puesto la mano sobre España y temblaba.

“Pongo la mano sobre España y, quema...” —dice López Pacheco—, “Pongo la mano sobre España y tiembla...”

Tú estabas en tu patio y ellos, en el ancho patio carcelario de fuera, temblaban y coincidían. Su voz y tu voz eran el mismo llamamiento. Resultaba emocionante ver levantarse, paladines del futuro, a los jóvenes poetas de España.

—Tres largos años rojos poblaron la ancha tierra de simiente infinita...

Era nuestra simiente la que se levantaba y nos sentimos orgullosos. Ahora estás a su lado. Sabemos qué difícil es andar la ancha tierra de la patria cuando parece ajena, pero estás, pisas barro español, nuestro barro, el primero de la estirpe, aquel modelado con errores, lágrimas, sangre, fe y

amor. Sabemos que tu paz interior ya no depende de ti sino de nosotros. Nosotros que debemos seguir pidiendo por los que quedaron suplicando la normalidad española, cosa que parece más difícil que ir a las estrellas. La normalidad española, que quiere decir la continuidad de la historia de una patria común, el hacer marchar el reloj, sacándolo de esa hora de la indiferencia, el conformismo, la ocultación y la mentira donde esté, hacer que España recobre el paso, despierte su instinto vital, se sacuda opresiones y los españoles marchen juntos hacia objetivos nacionales y sociales e históricos que sienten ya latirles en las venas. Ahora que andas libre, Marcos Ana, piensa alguna vez en nosotros. Nada nos debes porque los deberes de conciencia no adeudan y tú eras nuestro deber y los demás que quedaron siguen siéndolo. Lo que deseamos de ti, Marcos Ana, es tu poesía. Sigue dándonos tu voz, sigue diciendo a las gentes la tragedia de España, que nosotros seguiremos tendiendo la mano a las gentes, deteniéndolas: ¡Eh!, ¿no ven ustedes? Miren, en mi mano derecha están dos lágrimas que ningún viento pudo secar. Se llaman: España.

Hasta pronto, amigo, hasta pronto. Te besamos como besaríamos a Antonio Machado, a Federico, a Miguel... Estamos orgullosos de ti. La limpieza de tu sangre valiente nos regocija. Te queremos y estamos orgullosos de decírtelo. Tus Rafael y María Teresa.

Antes de mandarte esta carta, Marcos Ana, han llegado las noticias que están conmoviendo al mundo. España retoma la tarea de su libertad. Los alertas de los mineros asturianos huelguistas los oímos con todos los poros del alma.

Ahora, los españoles tienen que tomar sobre sí la tarea de su destino.

Nuestras palabras de unión de los españoles, de coordinación de esfuerzos, de desapasionamientos mezquinos para apasionarnos todos por el gran rescate de la patria se está concretando en realidades. De nuevo vuelven las letras de su nombre: España ha de estar en los titulares de los diarios. Lo que parecía imposible de hacer se hace. Otra vez la majeza, la hombría, la decisión. Puedo decirte que hay asombro en los comentarios y nosotros nos reímos y nos regocijamos, porque es la decisión de un pueblo entero la que se va dibujando en los telegramas que llegan. No, España no es corral de mansos. Puede que ésta no sea más que la primera etapa del asalto decisivo a la libertad, pero ahí los tenemos, proletarios unidos, obreros a quienes no se engaña. Ellos y los intelectuales y las mujeres y las madres de familia y todos presienten que les han robado algo. Sí, durante estos años les han robado la palabra decisiva, la voluntad popular expresada, la libre disposición de destino del pueblo. Veinticinco años son muchos para nosotros mortales, pero pocos para una nación. Que no vengan ahora los hábiles en provocar rencillas atemorizando a las gentes. La guerra civil española ha concluido y la liberación de España debe ser obra de todos los españoles. No necesito decir qué cerca estamos de todos ellos estudiantes, intelectuales, obreros andaluces, vascos, asturianos, catalanes... Siempre causa sorpresa la llegada de la aurora. En un prodigio al que los hombres no se han podido acostumbrar. Desde la raya de esa incertidumbre, pero seguros de que los rosados dedos del alba tocarán el dulce rostro de España te abrazamos de nuevo.

## Traigo una voz encarcelada

*Discurso de Marcos Ana  
pronunciado en el acto público en homenaje  
a los presos antifranquistas,  
celebrado en el Mahatma Gandhi Hall,  
de Londres, el 3 de junio de 1962, y editado en Buenos Aires  
por la Organización para la Amnistía  
General en España y Portugal.*

Queridos amigos:

Me siento honradísimo de poder dirigirme desde esta tribuna a mis compañeros de esperanza y de lucha, a mis compatriotas exilados y a nuestros buenos amigos ingleses que apoyan la noble causa de nuestra libertad.

Agradezco a los organizadores de este acto el honor que se me ha concedido y el entusiasmo que han puesto para presentarme a los españoles de Inglaterra.

Yo creo que este acto va a ser algo más que la presentación de un hombre. Basta mirar el rostro de los asistentes y el clamor de las pancartas, extendidas como un grito de solidaridad y de protesta para comprender que este mitin organizado por la Asociación de ex Combatientes, es ante todo una denuncia implacable contra la tiranía que encadena a los mejores hijos de nuestro pueblo.

Yo sé que este acto está concebido para que yo, el hombre que más años, posiblemente, ha estado encarcelado en la historia contemporánea, os hable de sus experiencias humanas, de la vida de los hombres presos en España, de la noche terrible de sus cárceles.



Pero mi historia, la historia de los presidios españoles, está íntimamente ligada a la historia del pueblo español y de sus hijos, a la historia de su sacrificio, de sus luchas y de sus esperanzas.

Yo quiero aprovechar esta tribuna para manifestar mi emoción al vernos reunidos. Nada nos separa a los españoles de dentro y de fuera, a los que pasamos estos años bajo la dictadura y a los que os visteis obligados a abandonar la patria. Lo importante es que aquí y allá nos hayamos mantenido dignos y fieles al pueblo, fieles a los ideales de la democracia y la libertad, sin arriar nuestras banderas ni cambiar de hombro el fusil. Lo que nos identifica a unos y otros no es este forzado accidente geográfico, sino la consagración, sin cálculos personales, a la causa de la libertad y del porvenir de España. Para los de dentro y de fuera existen las mismas esperanzas y las mismas obligaciones, acabar con la dictadura, reconquistar la democracia y la libertad del pueblo español y de sus hijos.

Yo, que he pasado veintitrés años en las cárceles, saludo a los españoles que, en el exilio, rodeados por la luz y la vida, no se olvidaron de la noche de España y conservaron en su corazón, a pesar de los años y de la distancia, el fuego indomable de la libertad y el ansia del retorno.

Como ustedes saben, acabo de salir de las cárceles franquistas. En ellas he dejado toda mi juventud y la mitad de mi vida. Al terminar la guerra civil fui detenido en el puerto de Alicante y conducido al campo de concentración de Albufera. El hambre era tan horrible en aquel campo que el que tenía la suerte de encontrar unas briznas de hierba las devoraba con un ansia salvaje. Para beber un vaso de agua había

que guardar cola ante una cisterna, a veces durante veinticuatro horas. Pude fugarme de este campo, pero a los pocos días fui entregado por un confidente a la policía. Ingresé en la cárcel de Porlier y en mi expediente personal consta que tuve que ser hospitalizado durante tres meses para curarme de “ciertas heridas”. Esas “ciertas heridas” fueron los malos tratos sufridos en la comisaría de la calle Almagro N° 39, uno de los centros de tortura más famosos de Madrid. Desde entonces, desde mayo de 1939, he permanecido encarcelado hasta la tarde del 17 de noviembre de 1961. En total veintidós años y siete meses de cautiverio. Cerca de nueve mil días y nueve mil noches sepultado bajo las piedras y los cerrojos de los presidios. Dos veces estuve con la pena de muerte y he conocido las cárceles de Porlier y Conde de Torreno, de Yeserías y Ocaña, de Alcalá de Henares y la prisión de Burgos, donde he pasado los últimos quince años de mi cautividad.

Una breve ficha cosida a mi hoja histórico-penal decía simplemente: “Fernando Macarro Castillo, conmutado de la pena de muerte. Sesenta años de condena. Cumple el 3 de noviembre de 1980. Ha sido varias veces aislado por razones políticas. Peligroso, téngaselo bajo vigilancia”.

Durante esta larga noche que ha durado veintitrés años, he vivido intensamente las historias más tristes y hermosas que pueda conocer un ser humano.

En la cárcel de Porlier, en Madrid, he despedido a miles de compañeros y amigos que con las sienas altas y orgullosos iban a recibir, cantando, el plomo de los asesinos. En aquellos tiempos los fascistas habían construido un matadero humano en el cementerio del Este. Levantaron un

muro de ejecución y una rampa de cemento, con una boca de riego en el centro y unos canalillos para el desagüe. Después de los fusilamientos, cada mañana limpiaban con una manga de agua la sangre que derramaban nuestros hermanos. Este matadero de hombres fue posteriormente destruido.

En el triste penal de Ocaña, donde estuve nueve meses condenado a muerte en el llamado “tubo de los cerrojos”, y desde una celda húmeda y tan estrecha que con los brazos en cruz se tocaban las paredes, he oído mil veces los vivas a la libertad y a la República y las postreras canciones de los que cada madrugada eran asesinados en el Hoyo de las Gallinas. Por aquel entonces escribía un joven poeta encarcelado:

Tengo los ojos más grandes  
y más remota la frente,  
que he visto marchar cantando  
los hombres hacia la muerte.

Jamás olvidaré aquellas horas inciertas de nuestra vida. Nos subíamos a las estrechas ventanas y, agarrados a las rejas, veíamos las sombras de los camiones, y a veces de los carros, que cargados de compañeros desaparecían en el camino de Yepes. Después escuchábamos con el alma en vilo, hasta que nos llegaban las descargas de los piquetes de ejecución. A veces, en el silencio de la terrible cárcel podíamos oír, uno a uno, los tiros de gracia.

Con la pérdida de nuestra guerra se abrió este alucinante período, un período de sombra y sangre para España. Miles de españoles eran conducidos como rebaños a las cárceles y a los mataderos. En algunas partes, como en la Plaza de

Toros de Colmenar y en Paracuellos de Jarama, en los barrocos de Villarrobledo y en los fosos de Montjuich, en el Hoyo de las Gallinas y en el Barranco de la Virgen del Val, en Alcalá de Henares, se barrían los hombres con ametralladoras para hacer más rápida la matanza. Era una época espantosa. La máquina de matar trabajaba sin descanso. Recuerdo que por ese entonces se modificó el catecismo en España y en el quinto mandamiento donde decía “No matarás”, pusieron “Matarás con justicia”. Se mataba fría, sistemáticamente. No era el acaloramiento de las pasiones desatadas. Era el ideario gubernamental: matar, destruir el espíritu democrático del pueblo, aplastar a culatazos la cabeza, el corazón de la clase obrera y de las fuerzas progresistas.

El general Franco creía que envuelto en ese baño de sangre podía dormir tranquilo. Pero se ha equivocado. Ni la cárcel ni la muerte pueden exterminar la lucha y el resurgimiento de un pueblo. Y hoy, a los veintitrés años de tiranía, nuestro pueblo sigue vivo y en pie, sigue quitando el sueño al dictador de España, y terminará arrancándole el poder.

Yo he vivido en medio de ese cataclismo. Veintitrés años tienen miles de días y miles de noches. Parece imposible que un ser humano pueda vivir tantos años como un topo bajo la tierra. He tenido que cruzar esa noche tremenda, un mar de sangre y pasión. Sólo he tenido un patio y un trozo de cielo, cuya claridad bebíamos ávidamente. Recuerdo que hace años me escribieron unos poetas argentinos pidiéndome que les contara algo de mi vida. Les mandé un poema brevísimo, bastaban cuatro versos:

Mi vida,  
os la puedo contar en dos palabras:  
un patio y un trocito de cielo  
por donde a veces pasan  
una nube perdida  
y algún pájaro huyendo de sus alas.

Los presos tuvimos que apretar el corazón para poder soportar los tiempos más crueles. Varios hermanos nuestros perdieron la razón y se suicidaron. Pero llenamos en seguida nuestra vida de contenido. Para salvarnos físicamente aplicamos una solidaridad conmovedora y heroica. Convertimos, además, las cárceles en universidades. El ejemplo de los que caían nos ayudaba a ser mejores. He conocido tal fiebre de estudio en las cárceles que hasta en las galerías de los condenados a muerte estudiaban con ahínco hombres que podían cada noche ser fusilados. He visto a muchos dejar los libros sobre el petate para marchar ante los pelotones de ejecución. Yo debo todo lo que soy al ejemplo, a la solidaridad y a las enseñanzas inolvidables de mis compañeros de prisión.

Naturalmente que esta vida no transcurría lisa y llanamente; había muchos problemas, grandes tragedias y dificultades. La mujer y los hijos constituían la herida sangrante de los presos. La fuente de mayor sufrimiento fluía de cada hogar destrozado, de los ojos de cada esposa angustiada, de los hijos enfermos y desamparados. Yo he visto amigos míos a los que no pudieron doblar los tormentos, quedarse sin fuerza en las rodillas y estar a punto de caer sobre ellas, por el dolor de sus familias. No les importaba

perder su propia vida. Pero no podían soportar la idea de haber destrozado la juventud y la vida de sus mujeres.

Claro que es triste y rompía el alma ver el sacrificio de las madres, de las novias y las esposas que con una fidelidad inmarcitable han dejado diez, quince o veinte años de su vida en las puertas de las prisiones.

Por eso agradecemos la solidaridad del mundo. En los primeros años nuestras mujeres y nuestros hijos vivían en la soledad, precisamente cuando la noche era más espesa. Acudían a la cárcel mordiéndose los labios para contener las lágrimas. Y aunque pocas veces nos dirigían un reproche, veíamos en sus ojos un dolor sin esperanzas.

Pero desde hace unos años todo cambió para ellas y para nosotros. Y era hermoso verlas llegar a los locutorios, llenas de orgullo, enseñando la carta que habían recibido, o el giro, o el paquete de tal o cual parte de la tierra. Ahora ya no se sienten solas, ahora ya saben que allí donde habita un ser humano hay una mano tendida hacia los presos.

Hay historias conmovedoras del sacrificio y lealtad de nuestras familias. Era para contar y no acabar nunca. Yo dedico a las mujeres, a las madres que hay en este salón, la triste historia de Ana Faucha, una viejecita del sur.

Ana Faucha era una viejecita del sur de España. No le quedaba en la vida más que un hijo preso en la cárcel de Valdenoceda. Esta madre se sentía morir, pero no quería dejar este mundo sin ver por última vez a su hijo. Ana Faucha no tenía recursos, vivía pidiendo limosna. Pero era una mujer del pueblo, tenía el temple de las madres españolas. Y sin pensarlo más se puso en marcha, decidió ir a pie a la cárcel donde se encontraba su hijo. Y andando, pidiendo

limosna por los caminos y en los pueblos que encontraba a su paso, formando un pequeño paquete de comida con lo mejor que recogía, siguiendo las vías del ferrocarril, esta madre cruzó el mapa de España. Yo no sé cuántas semanas o cuántos meses tardaría esta madre en llegar a Valdenoceda, pero llegó. Imagino cómo saltaría su corazón cuando por fin vio la cárcel donde penaba su hijo. Se acercó a la ventanilla de comunicaciones y dio el nombre de su hijo. El funcionario miró un fichero y respondió “Usted no puede ver a su hijo porque está chapado en una celda de castigo”. Aquella madre no comprendía, no le cabía en la cabeza y el corazón que después de haber andado media España no pudiese comunicarse con su hijo, porque estaba castigado en celda. (Me contaba este episodio un amigo mío que estaba de ordenanza en la ventanilla de la cárcel). Desde entonces, todos los días, aquella madre se acercaba tres y cuatro veces a la ventanilla de paquetes y recibía la misma contestación. A todas las horas se la veía rondar la cárcel, acercarse a los muros, golpearlos con sus manos pálidas, como pidiéndoles una explicación.

Yo no sé cuánto tiempo hubiera estado aquella madre esperando para ver a su hijo, pero apareció muerta en una cuneta cercana a la cárcel, como un pequeño pájaro, cubierta de nieve, abrazada al paquete que inútilmente fue formando para su hijo.

Dan ganas de gritar: ¡ASESINOS, aguardaremos mil años si es preciso pero os acordaréis de esta muerta! Así murió Ana Faucha, símbolo de las madres de los presos, a la puerta de una cárcel de España.

Nosotros, los presos políticos y sociales españoles, estamos tan en deuda con nuestras familias, que cuando nuestro pueblo sea libre propondremos que se levante en el corazón de España un monumento a la mujer española.

Aquellos tiempos fueron pasando, pero la tragedia de los presos políticos españoles, el drama de sus familias, no ha terminado todavía. Cuando salí en libertad dejé en la prisión de Burgos cuatrocientos sesenta y cinco presos. Son antiguos y recientes dirigentes obreros, intelectuales y artistas, jóvenes estudiantes, campesinos del sur, hombres de todas partes de España, de todas las ideologías y profesiones, hombres que han sido torturados, condenados a penas monstruosas por tribunales militares, hombres que han pasado de la juventud a la madurez. Muchos dejaron a sus hijos cuando eran niños y estos niños ya les han dado nietos, sus esposas eran jóvenes cuando fueron detenidos, y ahora ya empiezan a blanquear sus cabezas. Algunos llevan ya veinte años encarcelados.

La situación de estos hombres es impostergable, merecen nuestro esfuerzo, el sacrificio de nuestros pequeños intereses, la suma de la fuerza necesaria para arrancarlos de sus cárceles. No tenemos derecho a descansar. No hay descanso posible mientras sobre nuestra conciencia se proyecta la sombra trágica de las cárceles españolas.

La mayoría de los presos nos hemos planteado siempre una cuestión aún no resuelta. Comprendemos –aunque cueste trabajo comprender algunas cosas– que existen diferencias políticas e ideológicas. Pero a pesar de los pequeños o grandes problemas que puedan separar a las fuerzas de oposición, ¿por qué no ha sido posible un acuerdo para defender



en conjunto la vida de los presos y dirigir en común la lucha por su libertad?

Personalmente respeto las diferencias políticas; considero, aunque no las comparto, todas las razones que puedan dificultar la unidad en planos más elevados. ¡Pero es monstruoso que, por lo menos, para arrancar a esos cientos de hermanos de las cárceles, no se pueda llegar a un pacto limitado que permitiera movilizar, unir y organizar la solidaridad hacia los presos!

Yo he traído a Inglaterra una voz encarcelada, la voz de los presos políticos españoles, el drama de sus mujeres y sus hijos, la esperanza de la solidaridad. En todas partes he encontrado una buena actitud solidaria. El pueblo inglés ha manifestado su adhesión a la causa de nuestra libertad. He hablado en diversas partes de Inglaterra. En Londres, a distintos sindicatos y grupos de personalidades. He tenido una conferencia de prensa y los periodistas se han ocupado de los presos antiguos y de los últimos detenidos. He recibido la solidaridad de los sindicatos de Manchester, de la Federación Sindical de Derbyshire, me he sentido emocionado por la acogida y la fraternidad de los mineros galeses. He sido recibido por un grupo de parlamentarios en la Cámara de los Comunes, he conferenciado con los estudiantes de Oxford y he sido invitado a participar en la sesión inaugural del Consejo Nacional de los liberales ingleses. Me han entrevistado diversos periódicos, revistas y emisoras. En todas partes he encontrado una gran disposición ante esta llamada de solidaridad. La causa de la libertad de los presos políticos de España y de los últimos detenidos inspira los más grandes sentimientos de solidaridad.

¿No es necesario que reflexionemos nosotros? ¿Es mucho pedirnos que seamos nosotros, los españoles, los primeros en ocupar la línea de vanguardia en esta solidaridad, organizándola, fomentándola, dirigiéndola y hallando las formas más urgentes y eficaces?

Estamos en deuda con el mundo. Sin embargo, es legítima la solidaridad que el mundo nos presta. Es un fenómeno obligado del mundo para con nuestro pueblo. Recuerdo que un día en la cárcel, valorando la solidaridad internacional, dije yo a un grupo de compañeros que “estamos en deuda con el mundo”. Y alguien en la reunión me respondió: “Es cierto. Pero el mundo también está en deuda con nosotros”. Tenía razón aquel compañero, porque antes que los ejércitos aliados se enfrentaran con el nazifascismo, el pueblo español ya había vertido torrentes de sangre frente al fascismo internacional. Antes de las batallas de Narvik y de Tobruk, de Guadalcanal y Stalingrado, estuvieron las batallas de Madrid, de Guadalajara y el Ebro. Antes que los nazis llenaran las fosas y los crematorios de sus campos de concentración, se llenaron las cárceles españolas y habían rodado ante los piquetes fascistas millares de demócratas de nuestro país.

Los españoles que estábamos en la cárcel seguíamos con ansia la suerte de las armas aliadas. Vosotros los ex combatientes, los que luchasteis en los ejércitos aliados, creíais que cada batalla ganada al enemigo era un trozo de libertad que conquistabais para nuestro pueblo. Así debiera haber sido. Pero terminó la guerra, todos los caminos fueron un regreso para los soldados y los prisioneros, y sin embargo vosotros no pudisteis regresar a vuestro país, ni nosotros salimos de nuestras cárceles. Han pasado diecisiete años

y aún sigue la tiranía aplastando el rostro y el corazón de nuestro pueblo. Veintitrés años después de nuestra guerra civil aún sigue España arrancándose del corazón a sus hijos ¿Hasta cuándo?

El gobierno del general Franco ingresó en la ONU, pero Franco y su gobierno, en lugar de cumplir la Carta de las Naciones Unidas, sigue aplicando los métodos y las leyes terroristas que aprendieron en las escuelas de la Gestapo.

Tenía razón, mucha razón, aquel camarada. Mientras Franco desgobierne y tiranice nuestro país, mientras se permita que los derechos más elementales del hombre sean pisoteados en España, mientras no se derriben las puertas de las cárceles y puedan volver los exilados a su patria, mientras no se restauren las libertades del pueblo español, el mundo estará en deuda con nosotros.

La lucha por la amnistía general de los presos y exilados ha constituido en estos dos últimos años un acontecimiento internacional que los presos hemos saludado con emoción.

Las campañas para obligar al general Franco a dar una amnistía y a suprimir las leyes de excepción y los tribunales militares, han dejado al desnudo la política terrorista de la dictadura y la coloca en un callejón sin salida.

La lucha desarrollada en todos los frentes del humanismo, de la jurisprudencia y la política, del arte y la cultura y en el terreno de la solidaridad material, ha dado un serio golpe a la política represiva de la dictadura, que negaba la existencia de presos políticos y sociales en España.

A pesar de que Iturmendi aseguró que no habría más indultos en España, se han visto obligados a entreabrir nuevamente las puertas de las cárceles. Vuestro folleto, con la

carta al reverendo Owens, ha contribuido a dar fondo a la denuncia que pesa sobre el gobierno español y las prevaricaciones de su justicia.

Yo debo mi libertad a los esfuerzos realizados por la solidaridad de mi país y el mundo. El indulto que me ha puesto a mí en libertad establecía, singularmente, el requisito de llevar veinte años ininterrumpidos de prisión. Yo era prácticamente el único preso beneficiado. Mi libertad ha sido una manera de tirar banderas al agua, de quitarse de encima el peso de mis veintitrés años que facilitaba la lucha por la amnistía general. Como yo, otros presos pueden ser liberados. Lo importante es no decaer en el esfuerzo y dar continuidad a la denuncia y a la campaña de movilización. Hay que golpear sin descanso, hasta desbordar la resistencia de la dictadura.

Pero la lucha por la amnistía tiene que ser considerada como un elemento más de la lucha por la libertad de España. La lucha por la amnistía es un sentimiento nacional que ha permitido unir a las gentes más diversas. En la lucha por la amnistía se ha conseguido movilizar a personalidades y a asociaciones, a parlamentos y a gobiernos, a la prensa y a las emisoras democráticas. Nunca tuvo una causa tanta audiencia como la causa de nuestra amnistía; no sólo la posibilidad de liberar a cientos de hombres, sino de golpear, a la vez, duramente contra la dictadura, desmantelando su demagogia y denunciando sus procedimientos fascistas de terror.

Como ustedes saben por la prensa británica, en estos momentos se están llenando nuevamente las cárceles españolas. Los trabajadores españoles sostienen una huelga sin

precedente. La iniciaron el 7 de abril los mineros asturianos.

Las compañías mineras tuvieron la desvergüenza de publicar en las estadísticas oficiales que habían obtenido el noventa y ocho por ciento de beneficio sobre el capital invertido. Pero los mineros no podían comer y se declararon en huelga. Franco, secundado por los sindicatos franquistas, rodeó la cuenca minera de policías y ametralladoras, detuvo a cientos de huelguistas. Pero los trabajadores españoles ya están cansados y no temen a la policía, ni a las cárceles, ni a las ametralladoras. Hace más de un mes que comenzó la huelga y la huelga continúa. Los trabajadores de Cataluña, de Vizcaya, de Córdoba y Jaén, de León, de Puertollano y otras zonas han declarado a lo largo del país una huelga de solidaridad. Los intelectuales y los estudiantes se han sumado ejemplarmente a este grito del movimiento obrero. Hasta la Iglesia se ha visto obligada a tomar posiciones. Esto es muy sintomático.

Sin embargo, la lucha de los trabajadores españoles se lleva a cabo en medio de dramáticas dificultades. No tienen sindicatos que defiendan sus intereses, porque en España los sindicatos son sindicatos fascistas al servicio de los patronos. No tienen prensa legal que divulgue y apoye su lucha, porque en España no hay libertad de prensa. Los huelguistas españoles no tienen más caja de resonancia que la solidaridad de los trabajadores del mundo, el apoyo de su propio pueblo y las decisiones que en este momento histórico adopten las fuerzas de oposición.

Vivimos unas horas trascendentes para la libertad de España. La adhesión de otras capas sociales a la lucha de los mineros y trabajadores españoles demuestra que el mal

de España es la falta de libertad, la falta de democracia, es la existencia de la dictadura. Lo que hay que resolver en España es el problema de la libertad. Pero el problema de la libertad no puede resolverse sin la unidad de los españoles.

Yo creo que el juicio de la historia y de nuestro pueblo será inexorable con quienes no comprenden este momento dramático pero esperanzador que vive nuestro país. Yo, en nombre de nadie, con la triste autoridad de mis veintitrés años encarcelado, aprovecho esta tribuna para pedir la unidad que España necesita.

Unidad es el grito que sube de las minas asturianas, de las fábricas de Vizcaya y Cataluña, de los secos campos andaluces, de las universidades de Barcelona y Madrid. Unidad es el clamor que traigo de las cárceles. Unidad era la última palabra que escribían en las paredes de su celda los hombres cuando iban a ser fusilados. Estoy seguro que unidad es la palabra que en estos momentos está escrita en vuestros corazones.

Yo tengo grandes esperanzas. En la cárcel siempre fui un profesor de optimismo. Yo creo en la unidad. Necesito creer en ella. En las prisiones he conocido a hombres que renunciaron, que dejaron caer sus banderas al suelo. Creían que no valía la pena continuar. Pensaban que habían sacrificado su vida inútilmente. Pero yo jamás consideraré mi vida perdida. Yo he vivido la vida que he preferido vivir: la vida dura pero noble de un revolucionario.

Por eso confío en la unidad. Si no confiase en la unidad y en la lucha del pueblo, tendría que dar la razón a los que renunciaron, y llegar a la conclusión de que había dejado

inútilmente veintitrés años de mi vida en las prisiones. Pero, afortunadamente, no es así. En mi corazón soplan los vientos mágicos y ardientes del entusiasmo y estoy convencido de que mi vida es justa. Si mil veces naciera, mil veces volvería a ser como soy y a pensar como pienso.

Tengo, además, razones para confiar en la unidad y ser optimista. Porque, en fin de cuentas, la unidad la están forjando ya los trabajadores y el pueblo de España. No es una unidad sellada en una mesa redonda, sino en el duro crisol de la solidaridad y de la lucha. Los trabajadores españoles han hecho muy bien.





**Te llamo desde un muro**





*Mi vida,  
os la puedo contar en dos palabras:  
Un patio y un trocito de cielo  
por donde a veces pasan  
una nube perdida  
y algún pájaro huyendo de sus alas.*



## AUTOBIOGRAFÍA

Mi pecado es terrible;  
quise llenar de estrellas  
el corazón del hombre.  
Por eso aquí entre rejas,  
en diecinueve inviernos  
perdí mis primaveras.  
Preso desde mi infancia  
ya muerte mi condena,  
mis ojos van secando  
su luz contra las piedras.  
Mas no hay sombra de arcángel  
vengador en mis venas:  
España es sólo el grito  
de mi dolor que sueña.

## TE LLAMO DESDE UN MURO

Oye, hermano, te llamo desde un muro;  
clavado entre unas piedras  
donde las sombras hacen su nidada.  
Hablo desde la pena.  
Entre los huesos mismos del dolor te llamo.  
Mi voz, como esas hierbas  
que en la ranura de una roca crecen,  
se ha mantenido pura:  
no escupió a su bandera,  
ni dobló sus hombros,  
ni ha mentido canciones,  
ni se pasó al Oscuro.

Veinte veces cruzó la primavera,  
y mis alas en un cepo atrapadas,  
y el ardor de mi sangre entre cadenas.  
Pero hoy mi voz –sin llanto– te reclama;  
mi lengua es una herida que flamea,  
como un pájaro ardiendo en tu ventana.

Ni un día más, amigo. No consientas  
este tropel de muros obcecados;  
tanta luz sin salida, tanta puerta  
cerrada ante mis ojos.  
Mi corazón te espera,  
aguarda a tu palabra, y en los muros  
como un río apresado se golpea.

¡BUSCAD ACERO!

Aún es de sueño la llave,  
y sólo aroma la puerta.  
¡Amigos, buscad acero;  
forjad la llave maestra  
con la voz del pueblo entero!

La llave de la amnistía,  
para el corazón del hombre  
prisionero en la agonía.

Aún es de viento la llave,  
y sólo silba en la puerta,  
¡Amigos, buscad acero;  
forjad la llave maestra  
con la voz del pueblo entero!

La llave de la amnistía,  
para el alma que florece  
llanto en el revés del día.

Aún es de llanto la llave,  
y se derrama en la puerta.  
¡Amigos, buscad acero;  
forjad la llave maestra  
con la voz del pueblo entero!

La llave de la amnistía,  
que de par en par nos abra  
los campos de la alegría.



## YO DENUNCIO

Yo no pido clemencia. Yo no pido  
con un hilo de voz descolorida  
perdón para la vida que me deben.  
Odio la voz delgada que se postra  
y el corazón que llora de rodillas  
y esas frentes vertidas en el polvo,  
hecha añicos la luz del pensamiento.

Yo no pido clemencia. Yo no junto  
las manos temblorosas en un ruego.  
Arden voces de orgullo en mi palabra  
cuando exigen –sin llanto– que las puertas  
de la venganza oscura se derriben  
y a los hombres descuelguen de sus cruces.

Yo no pido clemencia. Yo denuncio  
al dictador cadáver que gobierna  
la vida de los hombres con un hacha  
y ahora quiere dejar para escarmiento  
mi cabeza cortada en una pica.

Yo no pido clemencia.  
Doy banderas.  
Paso de mano el golpeado  
corazón de mi pueblo prisionero.

## AMNISTÍA

Los pájaros van grabando  
por el aire esta palabra;  
las olas sobre la mar;  
las aldeas en la espalda  
blanca y húmeda del río,  
el pastor en la montaña.

Los niños tallan sus letras  
con sus pequeñas navajas,  
en la corteza del pan,  
en los árboles y tapias.  
Hay mujeres que en sus labios,  
con triste amor la desgranán;  
otras que clavan su grito  
como una bandera blanca.

Los estudiantes la esparcen  
con aromas de pizarra;  
en las ciudades asciende  
con el humo de las fábricas;  
el viento la va dejando  
en las calles y en las plazas,  
en las veletas y torres,  
prendida en las cruces altas...  
Tres “sputniks” por el cielo  
recogen firmas doradas  
de las estrellas y escriben  
en español la palabra.

## ROJA ENERGÍA

Hacia la vida voy. Mujer, te llevo  
como un ala de lumbre a mi costado.  
Tus manos, junto a mí, cuenco dorado  
de luz y de esperanzas donde bebo.

Oh, palmas clamorosas donde pruebo  
el frescor de tu río desvelado.  
Honda rama de amor. Dulce cayado  
—descanso de mi sien—, verde renuevo.

La fuerza de tu sangre es en mis venas  
un ímpetu de mar, y tu alegría  
florece en las laderas de mis penas.

¡Oh, lealtad, amor, roja energía  
que puede con el muro y las cadenas  
y hasta el viento de espaldas tumbaría!

## A ESPAÑA EN SU JORNADA POR LA AMNISTÍA

Como un mar imponente en oleadas  
suben hasta mi herida fosa oscura,  
el clamor de la gente, esa hermosura  
de luminosas lenguas desatadas.

Mi voz quiere ir contigo, España. Es dura  
esta mudez impuesta por espadas.  
Duras son las palabras sepultadas  
bajo el silencio alzado en dictadura.

Mira mis manos: crujen contra el muro,  
en busca de una luz, una ventana,  
llagas de sombra y de dolor oscuro.

Y oye a mi corazón –roja campana–  
sonar contra las piedras, ya maduro  
de esperar en la pena tu mañana.

## PROCLAMA DE ABRIL

En abril cuando las flores;  
al sonar la primavera,  
cuando amor pinta en los ojos  
sus divinas acuarelas;  
cuando la sangre en las ramas  
de la juventud se elevan.  
¡En la primavera amigos!  
¡Es un símbolo la fecha!  
Cuando todo hierve y vive,  
España alzará sus fuerzas.  
La dictadura del hielo  
temblará en su gusanera,  
cercada por los clarines  
de cien mil rosas abiertas.

Que en abril cada palabra  
hasta las piedras conmueva:  
la Universidad y el campo,  
la fábrica y las iglesias,  
los niños y las mujeres,  
la oración y la herramienta,  
cada mano y cada verso  
levanten la primera letra  
del amor y la amnistía  
contra cerrojos y puertas.

## HASTA LAS PIEDRAS

La piedra silente llora;  
el muro cerril, el hierro  
de los cerrojos, las losas.  
Las cadenas, ya gastadas,  
sus eslabones deshojan.

Hasta el carcelero siente  
un alma bajo su ropa.  
(Pero hay un reloj terrible  
que estanca sus negras horas  
con odio y sangre en la esfera  
sin alba de sus mazmorras).

La vida entera nos llama.  
Vierten lágrimas las rocas.  
Se abren las casas. Esperan  
en los umbrales mil rosas.

¡Nuestro amor reclama el niño  
con su voz de tiernas hojas!  
La libertad va dejando  
de voz en voz, clamorosa,  
los resplandores de un grito  
como una estrella en la boca.  
(Pero hay un reloj terrible

–ciego Caín sin aurora–  
que en su noche de odio y sangre  
sigue estancando las horas.  
Guadañas son sus agujas  
en un cadalso de sombras).

## PRISIÓN CENTRAL

Muros hirsutos. Ásperas cortezas  
donde el hombre se duele cada día.  
Apretada oquedad de llaga y fosa.

Socavón de Castilla. Lento espanto.  
Catedral invertida hacia la tumba,  
bajo una piel de piedra cancerosa.

Hay un árbol aquí, pleno, enterrado,  
de corazones vivos, que semejan  
tréboles rojos en la luz borrosa:

muchas hojas, sin sangre, van cayendo:  
mas su raíz fosfórica florece,  
una bandera abierta en cada losa.

Y en esta pena oscura donde habita  
mi corazón en sombras, ya tan sólo  
la luz de esa bandera es asombrosa.



## NORMA

Quiero que mis poemas tengan hueso  
y estructura de piedras palpitantes:  
verlos siempre de pie (torres errantes  
de la vida y el hombre) por su peso.

Capaces de ser bala y de ser beso,  
cantos de paz o puños resonantes;  
azules como el rayo o verdeantes  
como olivo maduro... Que su espeso  
son a metal, colmena o bosque herido,  
suba desde mi sangre, tensamente,  
a otro labio desierto y perseguido.

¡Versos con alma y versos con simiente,  
con atléticos hombros y un erguido  
pueblo de corazones por su frente!

## ROMANCE DE LA AMNISTÍA

¡Qué duro es morir clavado  
en el muro de agonía  
ir quemándose las plantas  
sobre losas de cal fría  
sentir granada la sangre  
–trigo rojo sin espigas–  
y un portazo de recintos  
siempre contra las pupilas!

Que salga el preso, que beba  
la luz y el aire su herida,  
que sus pies toquen el campo  
donde los pinos respiran,  
que recorra las veredas  
–río abajo, monte arriba–,  
que sus manos sientan hombros  
clamorosos de alegrías  
y sus labios, fresca hierba  
de cabelleras floridas;  
que al salir lea en las torres  
la palabra siempre viva  
de su libertad grabada  
y en los árboles escrita;  
que los montes, que los ríos,  
que toda esta geografía  
de tierra indomable sea  
una pancarta extendida,

una sola voz gritando  
sobre la mar: ¡amnistía!

¡Las puertas de par en par!  
¡Los presos fuera: a la vida!  
¡Que les devuelvan sus alas  
que las sombras asesinan!  
¡Basta de cadenas, basta!  
¡Que España entera lo diga!  
¡Contra los muros los “vientos  
del pueblo” por la amnistía!

## PEQUEÑA CARTA AL MUNDO

Los dientes de una ballesta  
me tienen clavado el vuelo.

Tengo el alma desgarrada  
de tirar, pero no puedo  
arrancarme estos cerrojos  
que me atraviesan el pecho.

Siete mil doscientas veces  
la luna cruzó mi cielo  
y otras tantas, la dorada  
libertad cruzó mi sueño.

El Sol me hace crecer flores,  
¿para qué, si estéril veo  
que entre los muros mi sangre  
se me deshoja en silencio?

No sabéis lo que es un hombre,  
sangrando y roto, en un cepo.  
Si lo supierais vendrías  
en las olas y en el viento,  
desde todos los confines,  
con el corazón deshecho,  
enarbolando los puños  
para salvar lo que es vuestro.

Si llegáis ya tarde un día  
y encontráis frío mi cuerpo;  
de nieve, a mis camaradas  
entre sus cadenas muertos...  
recoged nuestras banderas,  
nuestro dolor, nuestro sueño,  
los nombres que en las paredes  
con dulce amor grabaremos.

Y si no nos cerráis los ojos  
¡dejadnos los muros dentro!  
que se pudran con el polvo  
de nuestra carne y no puedan  
ser nuevas tumbas de presos.  
No sabéis lo que es un hombre  
sangrando y roto, en un cepo.  
Si lo supierais vendrías,  
en las olas y en el viento,  
desde todos los confines,  
para salvar lo que es vuestro.

Si llegáis ya tarde un día  
y encontráis frío mi cuerpo  
buscad en las soledades  
del muro mi testamento  
al mundo le dejo todo,  
lo que tengo y lo que siento,  
lo que he sido entre los míos,  
lo que soy, lo que sostengo:  
una bandera sin llanto,

un amor, algunos versos...  
y en las piedras lacerantes  
de este patio gris, desierto,  
mi grito, como una estatua  
terrible y roja, en el centro.

## CARTA A NUESTROS AMIGOS DE AMÉRICA LATINA

Marcos Ana  
Prisión de Burgos

Acaban de sonar las once de la noche. Desde mi petate, a través de una ventana enrejada, veo la esfera iluminada del reloj sobre el muro. Hace más de una hora que han tocado silencio, y la cárcel parece más hundida que nunca en su soledad de piedra.

El toque de silencio no tiene el mismo significado para todos nosotros. Yo no puedo evitar un sobresalto, una tensión instintiva, cuando la corneta rasga la noche. En mis tiempos de condenado a muerte, el “toque de silencio” nos traía la noticia estremecedora de la “saca”. Si el corneta alargaba el final del toque, dejándolo morir tristemente, sabíamos que un grupo de nosotros vivía su última noche. Si, por el contrario, el toque elevaba su final, como la cola de un látigo, podíamos dormir tranquilos, porque nuestra vida se prolongaba, al menos durante 24 horas.

De esto hace ya muchos años, y no quiero separarme del motivo que me mueve a escribir estas páginas, os dije que acababan de dar las once de la noche, pero del patio aún suben los vapores pegajosos del día. Estamos en el mes de agosto. Hemos abierto las ventanas que dan al río, y nos llega una pequeña brisa del Arlanzón y de los montes cercanos. Casi un centenar de hombres vivimos amontonados en esta brigada. Unos, intentan dormir, desazonados por el calor y los chinches; otros, leen. La mayoría escriben, sentados en sus camastros, sobre unos pequeños tableros. Quizás os

escriben a los conferenciantes de Sao Paulo y Montevideo, a los parlamentarios, a los sindicatos, a los periódicos y centros culturales, a los artistas y escritores, a todos los amigos de Latinoamérica o de cualquier otra parte de la tierra. Estamos en deuda con todo el mundo. El corazón de cada preso es un gran campamento donde el amor y el agradecimiento velan y trabajan incansablemente. Quisiéramos llegar a todas partes, estrechar, una a una, todas las manos que se tienden hacia nosotros.

Yo también os escribo esta noche. Mis compañeros me han encargado estas páginas, para explicaros que este número de la revista *Muro* está dedicado a vosotros, a todos los hombres y mujeres, a todas las muchachas y muchachos de América Latina. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo expresaros todo el amor y el agradecimiento que llevan estos modestos trabajos?

Conozco a mis camaradas, sé que su sentimiento está en carne viva, los veo alegres, y cada día más enamorados de vuestra hermosa solidaridad. ¿Dónde encontraré la medida de sus corazones?

Esta medida no la busquéis en la magnitud literaria o plástica de los trabajos que forman la revista.

Es un pequeño árbol, emocional, donde cada uno ha puesto una rama pequeña de su corazón vivo. Y, sin embargo, hay algo realmente prodigioso, ciertamente extraordinario en la revista *Muro*, que puede expresar lo que sentimos por vosotros: su creación misma, su realización en condiciones adversas e imposibles. Ese es el gran mérito de que nos ufamamos y os ofrecemos de todo corazón: la temeridad,



el tesón, el amor necesario para una empresa semejante. Imaginad el audaz proceso que sigue la elaboración de una revista en la cárcel. Pensad en cada colaborador trabajando en la noche silenciosa, sobresaltado por los “alertas” y las rondas de los funcionarios. En ocasiones, cuando todo está terminado, hay que romperlo para volver a comenzar a los pocos días; y esta operación de romper y rehacer, puede repetirse dos, tres, cuatro veces, convirtiéndose en un auténtico “trabajo de Sísifo”. Después hay que salvar los muros y hacerla llegar a su destino.

No sé qué camino misterioso abren los presos en las noches de sus cárceles, pero su voz es invencible. Ahora mismo tengo bajo mi almohada unos poemas hermosos de la viuda de Beloyannis, escritos en su prisión de Grecia. ¿Cómo llegaron hasta mí? ¿Cómo atravesaron estas y aquellas duras puertas de presidio? ¿Cómo sobrevivieron el “manuscrito de Ana Frank” y el “Reportaje con la soga al cuello”, de Julio Fucik? ¿Cómo horadó su noche la palabra de Nazim Hikmet? ¿Cómo ganaron la luz desde su celda de condenado a muerte, o desde los penales terribles de Palencia y Ocaña, los poemas de Miguel Hernández? ¿Cómo llegó hasta nosotros, en las horas de nuestra guerra civil, aquel mensaje dramático que nos envió un preso portugués escrito con su propia sangre?

Recuerdo los tiempos terribles de Porlier donde estuve dos años con la pena de muerte. Cuando los condenados vivían su última noche, eran bajados a “celdas de capilla”. El acceso a estas celdas era imposible: había que cruzar largos pasillos y varias cancelas cerradas y vigiladas permanentemente por funcionarios. Al condenado a morir se le

registraba de arriba abajo, se le quitaba el papel, la pluma estilográfica, hasta la punta más pequeña de lapicero (también el cinturón, por terror a que la víctima adelantase el trabajo de los verdugos). Después, cuando apuntaba la madrugada, se le esposaban las manos a la espalda y, para ahogarle la canción y el grito, se le metía en la boca un enorme tapón de madera, con un pequeño orificio en el centro, y se le sujetaba con unas correas detrás de la cabeza. Así eran entregados al piquete de ejecución.

Teóricamente, estos hombres no tenían en las horas últimas de su vida ni un solo minuto libre de vigilancia. Y, sin embargo, nada más tocar diana, una hora o dos después de que arrancasen los camiones de la muerte, circulaban entre nosotros unos papeles dolorosos, a veces pequeñísimos: eran *Las notas de capilla*.

¿Cómo subieron a nuestras manos? ¿Cómo y cuando fueron escritas por aquellos camaradas inolvidables?

He visto repetirse este milagro cada día durante muchos años. Hoy lo repetimos, una vez más, haciendo que esta pequeña revista, construida a golpes de corazón en nuestra cárcel, cruce los rastrillos y el mar, para llegar hasta vosotros. En sus sencillas páginas van nuestra esperanza y gratitud a todos los hombres y mujeres de América Latina, y a cuantos en el mundo mantienen en alto la bandera de nuestra libertad. Hoy, más que nunca, estamos seguros de que nuestra amnistía, y la de nuestros hermanos portugueses, es una cercana realidad. No creáis por un solo momento, en medio de vuestras dificultades o al vernos sumidos aun bajo las cadenas, que vuestro esfuerzo ha sido infructuoso.

Las conferencias de Sao Paulo y Montevideo y la última europea celebrada en París han dejado en cueros la política cancerbera y terrorista de la dictadura. Nuestros opresores se vieron obligados a utilizar presurosos la prensa y la radio, a recurrir nuevamente a la mentira, a difamar nuestra condición y la vuestra. Ellos saben que el fluido de vuestra fraternidad reanima a nuestro pueblo en su lucha por nuestra amnistía, y que pronto reuniremos, entre todos los hijos de la libertad, la fuerza necesaria para derribar los muros de nuestras prisiones.

El general Franco y los suyos quisieran que el mundo nos olvidase; vernos, como peces arrojados en la arena, convulsos y enloquecidos por la muerte a que nos someten. Pero no han tenido ni tendrán jamás fuerzas para doblar nuestros corazones, ni para quebrantar la lealtad de nuestras mujeres y el orgullo de nuestros hijos. Os lo prometemos. El fuego espiritual que nos ha mantenido ilesos e indomables en los años más duros se ve hoy invenciblemente acrecentado por el calor unánime de nuestro pueblo y de los pueblos hermanos de Europa y América que exigen nuestra amnistía.

Queremos agradecer, finalmente, la fraternal ayuda que prestáis a nuestras familias. Ellas han sufrido lo indecible cuando la noche era más áspera y la soledad les cercaba el corazón. Veíamos en sus ojos la tristeza y —aunque su fidelidad y su amor eran indestructibles— algunas veces un dolor sin esperanza. Pero desde hace unos años todo ha cambiado para ellas. Han tocado con sus manos la solidaridad de nuestro país y el mundo, y vienen al locutorio con los rostros iluminados de alegría y de esperanza. Toda

la fraternidad humana que venía acumulando fuerzas en el gran corazón de los pueblos es, cada vez más, una corriente universal e incontenible.

Amigos de América Latina: os estamos agradecidos por la luz que derramáis en nuestros hogares; gracias por ese fuego maravilloso de fraternidad que deslumbra nuestras cárceles.

En nombre de nuestras mujeres y de nuestros hijos, en nombre de la libertad y la vida, recibid el reconocimiento y la amistad de nuestros corazones.

# Poemas escogidos





## EL MENSAJE

Hago señales en la noche. Muevo  
mi corazón como un farol de sangre.  
Escucho el eco rojo, la resaca  
de un corazón gigante.  
Me llega su reflejo. Se deslumbra  
la noche de las cárceles.

Algo gira en el mundo. Es la puerta  
del hombre que se abre  
al resplandor de un grito.  
El hombre surge. Avanza. Mira a España,  
la mira hasta cegarse  
de amor.

Encadenada ve,  
sangrando en una cruz, su propia imagen.  
Clamando está la tierra.

El cielo.

El mar.

El aire.

Trepo a los muros del dolor. Levanto  
mis brazos como mástiles  
desnudos:  
¡Aquí, aquí, de España es esta sangre!  
¡Grito, grito otra vez, con voz de náufrago!  
¡Perdonadme esta prisa,  
perdonadme!

¿LA VIDA?

Decidme cómo es un árbol.  
Decidme el canto de un río  
cuando se cubre de pájaros.  
Habladme del mar, habladme  
del olor ancho del campo,  
de las estrellas, del aire.

Recitadme un horizonte  
sin cerradura y sin llave,  
como la choza de un pobre.

Decidme cómo es el beso  
de una mujer. Dadme el nombre  
del Amor, no lo recuerdo.

¿Aún las noches se perfuman  
de enamorados con tiemblos  
de pasión bajo la luna?

¿O sólo queda esta fosa,  
la luz de una cerradura  
y la canción de mis losas?

Veintidós años... Ya olvido  
la dimensión de las cosas,  
su color, su aroma... Escribo  
a tuestas: “el mar”, “el campo”...



Digo “bosque” y he perdido  
la geometría de un árbol.

Hablo, por hablar, de asuntos  
que los años me borraron.  
(No puedo seguir, escucho  
los pasos del funcionario).

## A LOS CATÓLICOS

Sí, lo comprendo.

Tú llevas una cruz sobre tu pecho,  
tú rezas con fervor todos los días,  
no esperas tu cosecha en este mundo:  
hay ángeles que siegan con sus alas  
las azules espigas de tus sueños.  
Está bien.

Pero tu corazón ¿no está conmigo,  
con su raíz en tierra inevitable?  
Necesitas tu pan de cada día,  
los pájaros, los árboles, el agua  
y el aire que respiras.  
Ven tus ojos paisajes  
(cómo van a evitarlo si están vivos)  
que dan pena o canción a tu mirada.

No lograrás cegarte,  
ni huirte a una ladera solitaria,  
ni enmudecer el grito de los hombres.  
El amor sabe a incienso y es humano.

Mi madre era “Ana Santa”,  
un puñado de carne consumida,  
arrebujada y sola en el silencio,  
que murió de rodillas –me contaron–  
crucificada sobre un leño de llanto,  
con mi nombre de hijo entre sus labios

pidiendo a Dios el fin de mis cadenas.  
Hoy hay madres que rezan todavía  
—miles de corazones prosternados—  
por sus hijos heridos en las sombras.  
Y otras que luchan, golpean  
las puertas de la tierra,  
exigen de los hombres la muerte de los muros.

Escúchame, quienquiera que tú seas,  
si es que el amor a Dios el alma te ilumina,  
no puedes de este mundo así marcharte,  
emprender la gran senda con las manos vacías,  
llegar ante las puertas de Dios, que tu fe sueña  
existen bajo el Arco del Eterno Cobijo  
para decir: Señor, no traigo nada;  
dame un puesto al amor de tu lumbre divina.

Porque el Señor, tu Dios, contestaría:  
“vete, rompe tus pies por los bermejos hielos infinitos  
apóyate en la vara nudosa de tus odios,  
serás un caminante para siempre, si no hallas  
la palma del amor que no quisiste  
tomar del árbol que plantó mi sangre”.

## MI CASA Y MI CORAZÓN (Sueño de libertad)

Si salgo un día a la vida  
mi casa no tendrá llaves:  
siempre abierta, como el mar,  
el sol y el aire.

Que entren la noche y el día,  
y la lluvia azul, la tarde,  
el rojo pan de la aurora;  
la luna, mi dulce amante.

Que la amistad no detenga  
sus pasos en mis umbrales,  
ni la golondrina el vuelo,  
ni el amor sus labios. Nadie.

Mi casa y mi corazón  
nunca cerrados: que pasen  
los pájaros, los amigos,  
el sol y el aire.

## MI CORAZÓN ES PATIO

La tierra no es redonda:  
es un patio cuadrado  
donde los hombres giran  
bajo un cielo de estaño.

Soñé que el mundo era  
un redondo espectáculo  
envuelto por el cielo,  
con ciudades y campos  
en paz, con trigo y besos,  
con ríos, montes y anchos  
mares donde navegan  
corazones y barcos.

Pero el mundo es un patio.  
(Un patio donde giran  
los hombres sin espacio).

A veces, cuando subo  
a mi ventana, palpo  
con mis ojos la vida  
de luz que voy soñando.  
Y entonces, digo: “El mundo  
es algo más que el patio  
y estas losas terribles  
donde me voy gastando”.  
Y oigo colinas libres,  
voces entre los álamos,

la charla azul del río  
que ciñe mi cadalso.

“Es la vida”, me dicen  
los aromas, el canto  
rojo de los jilgueros,  
la música en el vaso  
blanco y azul del día,  
la risa de un muchacho...

Pero soñar es despierto  
(mi reja es el costado  
de un sueño que  
da al campo).

Amanezco, y ya todo  
–fuera del sueño– es patio:  
un patio donde giran  
los hombres sin espacio.

¡Hace ya tantos siglos  
que nací emparedado,  
que me olvidé del mundo,  
de cómo canta el árbol,  
de la pasión que enciende  
el amor en los labios,  
de si hay puertas sin llaves  
y otras manos sin clavos!

Yo ya creo que todo  
–fuera del sueño– es patio.

(Un patio bajo un cielo  
de fosa, desgarrado,  
que acuchillan y acotan  
muros y pararrayos).

Ya ni el sueño me lleva  
hacia mis libres años.  
Ya todo, todo, todo,  
–hasta en el sueño– es patio.

Un patio donde gira  
mi corazón, clavado;  
mi corazón, desnudo;  
mi corazón, clamando;  
mi corazón, que tiene  
la forma gris de un patio.

(Un patio donde giran  
los hombres sin descanso).

## SIEMPRE

Ayer,  
mi corazón  
era el Patio cuadrado y gris de una prisión.  
Hoy,  
mi corazón  
es una Plaza Roja donde cantan  
el Martillo y la Hoz.

Pero ayer,  
y hoy,  
mi corazón,  
en Burgos o en Moscú,  
mantiene el mismo son.

Desde su celda oscura,  
o junto al mar y al sol.  
Una sola bandera,  
y la misma canción.  
La tortura y la cárcel  
no rompieron mi voz.  
No la cambiará el “aire”,  
la aventará mejor.



## ALTA CAMPANA

*A mis compañeros,  
en las peores horas de nuestro cautiverio.*

Ya sé que es dura la jornada, hermanos.  
Restalla el corazón contra las rejas.  
Sangran las manos. Y los pies, heridos,  
van dejando en el patio rojas huellas.  
Un reguero de huellas, un camino  
circular, donde la vida se seca.  
Noche y día, sin descanso,  
que cuando la noche deja  
sombra y herrumbre en los ojos  
por el recuerdo se queda.

Camino gris de noria. Cangilones  
llenándose en la Herida, y los “alertas”  
a cuchillo pasándonos el alma  
que, arropada en su manta, siempre sueña  
con un llanto de alegres bienvenidas  
en el umbral lejano de una puerta,  
con el árbol aquel, con aquel río  
o la orilla de un mar que se le adentra,  
corazón adelante, hasta los huesos,  
donde los sueños se quedan.

Van quebrando sus uñas nuestros ojos  
de escarbar con ahínco en las tinieblas:  
ojos oscuros, espantosas lunas  
vagando entre cerrojos y cancelas,  
crispándose con ansia en los barrotes  
para exprimir la luz de las estrellas.

Dura, tremenda es la jornada, hermanos.  
Mas, ¿qué queréis, rodar, dejar abiertas  
las fuentes del lamento hasta inundar  
de escombros el corazón, su roja fuerza?

Yo también tengo mi dolor, amigos.  
Una herida implacable. En cada cuesta  
me derriba una pena, y me levanto otra vez.  
(Alma a rastras, como pueda  
llegaré con vosotros).

Recto el árbol.  
Firme mi tronco, aunque las ramas penden  
rotas de un hilo;  
aunque mis hojas sangren  
o en la matriz sin suerte de sus yemas  
abortada la aurora de mis flores  
sin un vagido de color se muera.

Hay otra flor inmensa y otra aurora,  
un dolor más terrible y otra pena  
que resumen la vida y las edades  
de los hombres y el mundo: la bandera

que sostienen mis manos golpeadas  
–nuestras mano– heridas de cadenas.

¡Oh, bandera del Hombre, alta campana  
fosforeciendo en esta Noche, ilesa,  
como un astro de luz, ensangrentada:  
jamás sorda mi alma,  
jamás ciega  
mi vida en una torre sin ventanas,  
sola con su dolor y su condena,  
sin ver que en nuestros gritos arden bosques,  
sin escuchar que el fuego nos contesta  
y nos llaman cien pueblos que nos buscan  
con sus lámparas rojas avanzando  
desde las cinco partes de la Tierra!

## ALMA NO LLORES

Y no basta decir: “alma, no llores”,  
si ves a un corazón que va dejando  
la vida entre furiosos desgarrones.

Hay lágrimas que tienen estatura  
de estrellas indomables  
y es de acero o de roble su ternura.

## CORAL DE CORAZONES

(Pertenece al libro *Concierto para Iturbi*,  
que nos visitó en la prisión)

Tus manos asombradas,  
encendidas de pena,  
fueron pulsando este cruel piano  
de luz llagada y piedra de condena.

Cada tecla era un hombre,  
una herida caliente, una bandera,  
una sien insumisa (voz tapiada)  
doliéndose en tus manos, prisionera.

La música brotaba, te ascendía.  
Tu clave era la rota y enterrada raíz  
del Hombre vivo,  
del hueso mismo del dolor alzada.

Sollozaba el teclado.  
Humano ardía  
su corazón: rojo torrente de oro.  
La Música eras tú. Nuestro, el piano.  
Todo vibraba en la Prisión (el Hombre,  
el cielo, el patio) de amor... igual que un haz sonoro.

## CANTO ABSOLUTO A LA LIBERTAD

*A JLG*

Su herida golpea de vez en cuando;  
no dejadla jamás que cicatrice.  
Que arroje sangre fresca su dolor  
y eterno viva en su raíz el llanto.

Si se arranca a volar, gritadle a voces  
su culpa: ¡que recuerde!  
Arrojadle pellas de barro oscuro al rostro.  
Si en su palabra crecen las flores nuevamente,  
pisad su savia roja  
hasta que nazcan lívidas, como manos de muerto.

Talad: que no descuelle  
su corazón de música oprimida.

Porque ésa es vuestra ley, tan extraña a la mía:  
si un río se alza para hablar con la luna,  
ponedle un dique oscuro.  
Si una estrella olvidando su distancia se mece  
en los agraces labios de un muchacho,  
denunciadla a los astros.  
Cuando un corzo se beba la libertad y el bosque,  
atadlo como a un perro.

Si hay algún pez que aprende a vivir sin el agua,  
negadle orilla y tierra.  
Si el alba se deslumbra de claridad alada,  
poned las hojas verdes de la noche en sus ojos.

Si hay un hombre que tiene  
su corazón de viento,  
llenádselo de piedras  
y hundidle la rodilla sobre el pecho.

## ELEGÍA AL DOCTOR BARTRINA

Así, tan crudamente le arrancaron,  
como a un árbol, la vida.  
No caía hoja a hoja su sangre. La estrujaron.  
Retorcieron con rabia su agonía.

Mas ni un solo latido le doblaron.  
Su hermoso corazón se destruía  
recto y puro en la muerte. Le mataron.  
Pero quedó su Luz. Su rebeldía.

Mis costados son hoy tierra de fosa;  
mis latidos la cavan como azadas  
y oliendo van madera resinosa.

Con las sienes de heridas agolpadas  
una bandera en su perfil reposa:  
¡José Bartrina ha muerto, camaradas!



## ELEGÍA A LUCIANO PARRONDO

(Que murió en la prisión de Burgos  
a los veinte años de cautiverio)

Parrondo, amigo mío:  
hace ya 20 años que te vi y te recuerdo  
cantando sobre el filo de la muerte que huía.  
Éramos arroyuelos, con el alma desnuda,  
creciendo, en avenida.

No pesaban los muros:  
hacia la mar seguían tu corazón y el mío,  
ensanchando riberas,  
con un alba en los ojos,  
dejando a nuestro paso banderas y alegrías.

¡Qué juventud la tuya!  
En tu cuerpo aterido por la muerte se mira  
mi juventud perdida,  
granada frente a todo...

Ay, Amigo:  
mi corazón resiste; tu bandera ya es mía;  
empaparé mis manos con tu sangre callada  
y marcaré los astros con tu muerte y mi vida.

A veces creo que el mundo  
tiene perdida el alma.  
¿No escucha este cuchillo  
que indiferente mina

nuestra espalda y nos hunde su filo hasta la muerte?  
Mi corazón se obceca,  
resiste todavía:  
mas cuelga de su puerta tu ruiseñor callado  
y vierte un llanto rojo donde tu luz se enfría.

¿Por qué no para el mundo este reloj sangriento?  
¿No oye sus campanadas donde los hombres gritan?

Mi voz no puede alzarse,  
le falta tu estatura.  
No hay poeta que cante nuestra muerte infinita.  
Hay hachazos tan duros que cortan la palabra.  
En esta tierra nuestra ya todo se asesina.  
Por el fuego sangrante de tu herida implacable  
mi voz quema sus brazos  
trepando hasta tus cimas.  
Más no llega mi acento.

No hay lengua traspasada por el dolor que pueda  
recompensar tu vida.  
No hay voz para tu muerte  
(quizá tu madre, acaso, llorando sea el  
poema, que pide esta elegía).

Mas tu rostro insumiso  
seguirá con nosotros.  
Clamará en las campanas del corazón y un día  
será tea en las cumbres del pensamiento indómito  
muchacho azul, eterno laurel de la sonrisa.

No enterrarán tu nombre...  
Arderá en mi palabra,  
lo subiré a mis labios de la pena más viva,  
escarbaré en el llanto  
y hundido en sus raíces te subiré en sus hombros  
mi voz al nuevo día.

## A ESPAÑA

Como un mar imponente, en oleadas,  
suben hasta mi herida fosa oscura  
el clamor de tu gente, esa hermosura  
de luminosas lenguas desatadas.

Mi voz quiere ir contigo, España.  
Es dura esta mudez impuesta por espadas.  
Duras son las palabras sepultadas  
bajo el silencio alzado en dictadura.

Mira mis manos: crujen contra el muro,  
en busca de una luz, una ventana,  
llagas de sombra y de dolor oscuro.

Y oye a mi corazón –roja campana–  
sonar contra las piedras, ya maduro  
de esperar en mi pena tu mañana.

## PUDO EL CIPRÉS

Pudo el ciprés más que nadie.  
Puñal agudo invertido  
clavó su aroma en mi sangre.

Las dalias tejen coronas  
con luz morada en los ojos  
mortecinos de la tarde.

Los cipreses, mano a mano,  
con el laurel han tendido  
un puente sobre el estanque

(agua delgada y menuda,  
remanso puro, mi vida,  
sin vivirla un solo instante).

Un hacha suena en el bosque.  
Otoño corta las ramas  
de mi juventud. ¡Lloradme!

## IMAGINARIA

*Al pintor Miguel Vázquez al  
que sorprendí una noche llorando  
en la cárcel de Burgos.*

Oídme amigos. He visto  
con los ojos soñolientos  
algo que quiero contaros.

Es la madrugada. Un preso  
enfrente de mí despierta,  
se incorpora sobre un codo.

Lía un cigarro. Se sienta.  
Mientras fuma tiene ausente  
la mirada, como dormida la frente.  
(Sueña el viento en la ventana).

Tira el cigarro. Se inclina.  
Saca un pedazo de pan,  
se lo come lentamente  
y después... rompe a llorar.

(Quizás no tenga importancia...  
yo os lo cuento).  
Ya sabéis que a mí las losas  
me han gastado hasta los huesos  
del corazón,  
pero ver llorar a un hombre

es algo, siempre, tremendo.  
Y este preso no es un árbol  
que se ha roto. Sigue ileso.  
Pero de pronto ha venido  
todo lo “suyo” a su encuentro  
en esta noche tranquila...

Con su dolor en mi pecho  
le miro. No puede verme.  
Sus ojos están muy lejos.  
Sus ojos cerca, llorando  
tan suave, tan hondamente  
que apenas si mueve el aire  
y el silencio.

Un “alerta” le estremece.  
(Por el patio  
se oye cruzar el relevo).

## VOY SOÑANDO

Soñar; siempre soñar,  
con banderas y besos;  
la libertad y el aire  
soplando en mi cabello.

Campo y aire sin fin  
—oh luz—, sin otro cerco  
que el amor de unos brazos  
enlazando mi cuello.

Soñar; siempre soñar,  
con los ojos sin sueño,  
que soy un hombre vivo...  
siendo tan solo un preso.

Hay árboles y un río  
fijos en mi recuerdo;  
una infancia salvaje,  
un dulce amor ingenuo,  
y dos nombres grabados  
en el chopo más viejo.

(El cielo aquella tarde  
era como un espejo.  
El choperal tendía,  
para el amor, senderos.  
Todo era luz. La gloria  
de mayo iba en mi pecho.



Un vilano de plata  
se enredó en sus cabellos,  
acudí tembloroso  
y con mis dedos trémulos.  
Sus ojos me invadieron  
de aroma y sol.  
El viento,  
inmóvil, nos miraba:  
fue aquél mi primer beso).

Soñar, siempre soñar  
que vuelvo a todo aquello,  
lo que dejé y ya nunca  
encontraré al regreso.

## HABLAR EN PAZ

Como en otoño el árbol sobre el río  
deja caer sus hojas plateadas  
o la luna su luz,  
tan suavemente  
desprender yo quisiera mis palabras  
de mis labios en paz.

Subir del corazón versos en calma,  
sin arrancarle gritos,  
hacer ondas tranquilas en el agua  
de quien me escuche  
o lea.

Igual que un niño lanza,  
en la orilla de un lago o de un estanque,  
blancos barquitos de papel al agua,  
con esas manos de plumón rosado,  
con esa pura candidez sin llaga  
pudiera yo escribir, formar mis versos  
sin ese filo loco que llevan  
mis palabras...

(Pero hay que tajar noche  
–tajos de luz– para subir al Alba  
y acuchillar los muros de las heridas altas  
y ametrallar las sombras, con la vida  
en las manos  
sin paz,  
amartillada).

## DE RÍO A RÍO

Arlanzón, díselo al Sena.  
Dile que en la Noche escuchas  
mi soledad, mis cadenas.

Háblale de mis hermanos,  
vivos en tumbas de piedra.  
Dile que escriba en los puentes  
de su libertad mi pena.

Que su corazón me lleve.  
Que su corriente me extienda.  
Que en cada hoja del agua  
el pueblo francés me lea.  
    Arlanzón,  
    díselo al Sena.

¡POBLAD MIS SOLEDADES!

Mares de sombra me rodean.  
Prietos cinchos de alerta y muro.  
    (Ya la tarde  
    como puerta de celda se ha cerrado  
    contra la luz y el aire).

El cielo es un casco negro y frío  
hundido hasta los hombros de la cárcel.

La noche es mi refugio. Siempre os hablo  
cuando duermen los ojos y las llaves.  
Mi soledad se puebla en esas horas  
de rostros entrañables,  
de manos que me ofrecen  
en silencio sus rojos estandartes.

En el silencio escribo.  
Al silencio le arranco sus hojas más vibrantes.  
Campanas que me aturden bajo el grito  
de “alertas” implacables.  
Como una fiera ahíta  
duerme el Patio, sin nadie.  
El Water huele a orines,  
y a turbias oquedades.  
    (Tan sólo una ventana vierte el frescor del río  
    y el temblor de unos árboles).  
Mis compañeros urden –las dos de la mañana–  
su vida en los petates:

encuentran cada noche en las afueras  
del sueño sus hogares.

(Yo les envidio, ya os lo dije un día:  
hasta soñando, sólo tengo cárcel).

Escribo sin descanso  
palabras verticales.  
Prendo mi voz como un fuego en el monte.  
Oigo sonar la sangre  
del mundo en mis umbrales.

Después cuando amanezcan  
los ojos y las llaves,  
me guardaré la voz en un zapato  
y aromarán las losas mi mensaje:

¡Pueblos del Mundo, amigos!  
¡Corazones cercanos o distantes:  
llegad a mí,  
poblad mis soledades!

## REITERACIÓN

Te llamo desde aquel, el mismo muro  
(otra vez). Atrozmente sepultado  
sigue mi corazón, mi sueño,  
todo lo que es vida o soñar.

Encadenado  
sigo. No me dejan gritar. Escupo  
hierro mudo. Mi boca está sangrando,  
de tascar insumisa los cerrojos,  
como un caballo el freno.

Voy clamando.

Mi lengua ruge de pasión, levanta  
sus voces como náufrago, golpea  
hasta que cruje el verso, y la palabra  
se hace un chorro de sangre al pie del muro.

Pero esta sangre sube –oh voz herida–  
hecha torre de fuego para el mundo.

## ORACIÓN A LA PATRIA

España, Patria mía,  
abre a tus hijos tu corazón,  
tu viejo corazón de catedral y monte  
y junta nuestras manos para secar tu llanto.

Álzanos del abismo  
las derribadas Albas  
que dejaron oscura entre dos mares tu verde geografía.

Sólo para la sombra que te inunda,  
rompieron los goznes de tus puertas.  
Sólo el pálido hachazo del dolor  
tuvo francos litorales  
y así vino tu llanto.  
Subió desde tu entraña,  
hasta pudrir el aire y tus raíces,  
hasta dejar desnudo el hueso de tu pena.

Ábrete a la paz clara  
de nuevos meridianos.  
Levanta tu estatura de Horizonte y Olivo  
crestonada de sol y cordilleras.  
Y únenos, madre.  
Reconcilia a tus hijos.  
Yergue tu voz, y en tu regazo, todos,  
sobre el fulgor caliente de tu herida,  
forjaremos el abrazo sin sombra  
que te gane y nos gane Tu Destino.



## ROMANCE PARA LAS DOCE MENOS CUARTO

(Noche vieja en la prisión de Burgos)

Camaradas, a las doce,  
todos los pulsos en hora.  
Que suenen como campanas,  
en una campana sola.  
Que fundan los corazones  
en un corazón y todas  
las ramas del pulso sean  
árbol de luz en las sombras.

Amigos, todos en pie:  
sobre las montañas rojas  
de nuestra sangre sin yugos  
la voz erguida en la boca.  
Si alguno siente que tiene  
las alas del pulso rotas,  
¡que las componga!, a las doce,  
todos los pulsos en hora.

¡Oíd, yunteros del alba!  
¡Oíd, pastores de auroras!  
Para conducir el día  
hacen falta caracolas  
con dura canción de ríos;  
que en las manos creadoras  
vayan firmes las cayadas;  
ir apartando las horas

y derribando la esfera  
donde el tiempo nos destroza.

Hay que hacer nudos al alma,  
dejar huellas en las rocas,  
esconder la espuma, el junco,  
la breve luz de las hojas  
donde la luna se duerme...  
¡Ser ascua vertiginosa,  
piedra viva, monte y río,  
corazón de cada cosa!  
Camaradas, a las doce  
todos los pulsos en hora.

Si arena tienen los tuyos;  
si grietas tu voz, ya ronca  
de golpear contra el muro;  
amigo, si te desplomas  
como una hierba apagada,  
bebe en la arteria sonora  
de tu bandera, en la herida,  
de tu pueblo, en cada gota  
de su sangre fusilada.

Sube desde tu derrota;  
desde tu cruz sumergida,  
como un relámpago a proa;  
desde tus huesos al pulso,  
desde la raíz más honda  
firmemente a la palabra

donde la fe se enarbola.  
¡Despierta el rayo dormido  
que en tu corazón reposa!  
Camaradas a las doce  
todos los pulsos en hora.

A las doce todos uno.  
Las campanadas redondas  
con las hogueras del pulso  
formen una sola antorcha.  
Almas de acero encendido  
que al mismo viento tremolan,  
forjan el día en un yunque  
de dolor, con recio aroma  
de amaneceres que nadie  
podrá arrancarnos...

No hay tromba  
de paredones, ni balas,  
ni rejones, no habrá sogas  
capaces de hacernos bueyes:  
¡Nuestro cuello no se dobla!

Miradnos aquí, miradnos,  
mientras los muros sollozan,  
cruzar el año cantando,  
rompiendo “noche española”,  
acariciando los hombros  
de un crepúsculo sin costa.  
Miradnos aquí, miradnos,

Mientras los muros sollozan,  
¡Siempre de pie!, sin rodillas,  
como encinares de gloria.  
¡Camaradas, a las doce,  
todos los pulsos en hora!

## NAVIDAD

Ya alcanzan las gargantas sus almenas,  
ya giran en su noria las canciones...  
y van, indiferentes cangilones,  
llenándose en el pozo de mis penas.

Me hacen daño estos gritos. Son arenas  
para mis ojos. En mi pecho arpones  
de ausencia y de recuerdo. Costurones  
abiertos en la carne. Y en las venas,  
un dolor de la sangre muda y cana.

Vuelvo a mi soledad. A mi consuelo,  
a un libro de Machado. A su Castilla,  
(hermana de mi alma, seca y llana)  
a sus pueblos tan tristes. A mi anhelo  
como su tierra calva y amarilla.

## CARTA URGENTE A LA JUVENTUD DEL MUNDO

Si la juventud quisiera,  
mi pena se acabaría,  
y mis cadenas.

(Decid ¡Basta!  
Haced la prueba)

Vuestros brazos son un bosque  
que llenan toda la tierra;  
si enarboláis vuestras manos  
el cielo cubrís con ellas.

¿Qué tiranos, qué cerrojos,  
qué murallones, qué puertas  
no vencieran vuestras voces  
en un alud de protesta?

(Todos los tiranos tienen  
sus pedestales de arena,  
de sangre rota y de barro  
babilónico las piernas).

Pronunciad una palabra,  
decid una sola letra,  
mover tan sólo los labios  
a la vez y la marea  
juvenil atronaría  
como un mar cuando se encrespa.

Pero, ¿quién soy yo, qué barco  
de dolor, qué espuma vieja,  
qué aire sin luz en el viento  
acerco a vuestras riberas?  
Como campanarios de oro  
vuestros corazones suenan.  
La juventud es la hora  
del amor, su primavera.  
¿Por qué mover vuestras ramas  
alegres con mi tristeza?  
¿No es mejor que yo me coma  
mi pan solo en las tinieblas;  
que mis pies cuenten las losas  
veinte años más, mientras sueñan  
mis ojos sobre las nubes  
de un cielo roto en mis rejas?  
Pero la vida –mi vida–  
me está clamando en las venas.

Ved nuestros rostros. Ya somos  
como terribles cortezas;  
claustrales rostros, salobres  
ojos que buscan a tientas  
–sedientos de luz y sol–  
una grieta entre las piedras.

No sabéis lo que es vivir  
muriéndose a vida llena;  
grises, sobre grises patios,  
sin más luz que una bandera

de amor...

Ni lo sepáis nunca...

Mas si queréis que esta lepra  
jamás os alcance el pecho,  
no dejéis “mi muerte” quieta.  
No dejadme, no dejadnos  
con nuestras sienes abiertas,  
y en un cerrojo sangrante  
crucificada la lengua.

Levad vuestros pechos. ¡Pronto!

(Es bueno que esta gangrena  
os revuelva las entrañas).

¡Echad abajo mi celda!

Abrid mi ataúd; que el mundo  
en pie de asombro nos vea,  
indomables, pero heridos,  
sepultos bajo la tierra.

Que no queden en silencio  
mis cadenas.



## ME DUELEN ESTOS SERES

Me duelen estos seres.

Y me duele la muerte de esas gentes sencillas  
que pasan por la vida sufriendo, elementales  
atados a la noria, cual bestias amarillas,  
sin despegar los labios, contentos y triunfales.

## SIENTO LOS PASOS DE LA LUZ

*Poema recuperado, dedicado a José María Laso,  
el 8 de diciembre de 1959, con motivo  
de su cumpleaños en la Prisión de Burgos.*

Siento los pasos de la luz. Nos llega  
en tu arrobado corazón de antorcha.

Dices:

“Creo en la libertad del Hombre”. Toco  
en tus manos su cálido estandarte  
(y en éstas y en aquéllas  
que aún no están con nosotros).  
Busco otras manos que levar y escucho  
un bosque de banderas esperando.

Repites:

“Avanzarán un día como estrellas”.  
Y en la palabra limpia de tus ojos  
el sol de otros paisajes rafaguea.

## ASTURIAS

Mineros del mundo ¡Alerta!  
Del corazón de las minas  
subid a la luz de España  
porque Asturias está en Huelga.  
Asturias, siempre es Asturias  
de los pies a la cabeza.

Jamás un tirano puso  
de rodillas a esta tierra.  
Quisieron cegar con plomo  
la mina de su firmeza,  
castrar sus ingles oscuras,  
dejar sus venas abiertas...  
¡Tanta sangre la arrancaron  
que la dieron ya por muerta!

Pero está viva y nos llama  
su rojo pasquín de Huelga.

Hoy tiene España en su frente  
una lámpara minera.  
¡Que no asesinen su fuego!  
Que vuestro viento lo extienda,  
hasta que el torno conteste  
y respondan las aldeas.

Mineros del mundo ¡Alerta!  
Del corazón de las minas  
subid a la luz de España  
porque Asturias está en Huelga.

¿PUEDES AÚN, ESPAÑA?

¿Aún no sientes tu pecho enardecido  
por tanta extraña voz, tanta pisada?  
Bajo tu piel de toro ¿en un bramido  
tu corazón no estalla?

¿Pueden tus ojos ver, escarnecido  
a tu león, escudo ya sin garras,  
desdentado, exhibido  
en un circo sangrante de estocadas?

Dime hasta cuándo serás yunque, España,  
ola quieta en el mar, tronco abatido.  
¡Jamás un yugo así tuvo tu espalda!  
¿Por qué está tu martillo detenido,  
detenida tu hoz y tu montaña?

¿No ha sonado tu hora todavía?  
¿Tu reloj –tu combate– se ha rendido  
en una esfera oscura de agonía?

No. España no está muerta. Solo herido  
su corazón. Su voz encadenada,  
su pueblo desunido,  
pero queda, aun así, pueblo en España.  
¡Abridle vuestro pecho a su latido,  
ardiente como el pulso de las águilas  
y la fuerza de un toro desmedido  
volteará hasta el viento entre sus astas!

Que en su hombría rotunda, perseguido,  
clama en su vida y en su entraña clama,  
y agita sus banderas mi Partido,  
pastor de los Torrentes hacia el Alba.

## OCASO GRANA

Quisiera conservar todas mis hojas,  
sin esa desnudez fría en las ramas  
del hielo y del invierno.  
Ser viejo, un árbol viejo. Está Bien.  
Pero ver todas mis hojas canas,  
como el árbol que queda por la escarcha y la  
luna cubierto de plata.  
O cubierto en los oros  
que el sol retiene con espaciosa calma  
en las cimas azules de esas tardes de otoño,  
un rescoldo de sueños, que en dormidos espejos  
se mueren reclinadas.  
Así mi atardecer quisiera...

No importa que la trama de mis huesos  
transluzca sus pálidos encajes  
si es mi corazón roja rama que canta  
la alegría de todos.  
Si en mi mano florece la callada  
que cortaron mis hijos,  
de un fresno encendido por las luces del Alba.

Si curando al viento mis banderas heridas,  
voy caminante, río abajo, hacia la mar ancha,  
por entre juncos albos y bajo lunas castas,  
noble y tranquilo hasta la gran orilla  
donde espera, entre hierbas, amarrada mi barca...

## MANO ABIERTA

La hoguera del pueblo  
tiene aún esparcidas sus ascuas.

Ay, como el fuego se junte,  
¿quién apagará sus llamas,  
quién sujetará los bosques  
del pueblo ardiendo en sus armas?

Tomad la mano que el pueblo  
os ofrece en paz, tomadla.  
No esperéis que se maduren  
en el dolor las espadas.

Los diques también se rompen  
bajo el martillo del agua;  
el viento descuaja el árbol  
por hondas que estén sus plantas;  
y hay volcanes que deshacen  
el pecho de las montañas.

Escuchad la voz de un pueblo  
que busca la luz del alba  
con la paz en sus banderas  
y el amor en sus gargantas.  
No dejéis que se maduren  
en el dolor las espadas.  
Tomad la mano que el pueblo  
os ofrece en paz. Tomadla.



## HOGAR HERIDO

Triste es luchar en una misma casa,  
romper la mesa donde el pan se come,  
vivir entre paredes, enfrentados  
tercamente en un mismo territorio.  
Y más triste es ser ciego,  
sordo al llanto de una madre,  
tener un tacto de áspera corteza  
para su corazón en carne viva.  
Hay que tener los pulsos amarillos,  
la sangre sin vertientes, seca el alma,  
para dejar oscuros nuestros pechos  
sin esa luz urgente que España necesita.  
Ni un paso más, hermano:  
que no pueda “el ayer” o sus cenizas  
sus odios oponer a nuestro encuentro.  
Porque ni tú ni yo apagamos la lumbre,  
ni robamos el pan,  
ni dejamos sin techo y sin puertas nuestra Patria.

## ¡SOLIDARIDAD PARA ESPAÑA!

Los ríos vuelven sus aguas,  
ya no caminan al mar:  
nos traen del mar esperanzas.  
De todos los mares suben  
olas fraternas. España  
llena su gran corazón  
con banderas, rojas, blancas,  
de tres colores, azules  
como la luz, esmeraldas,  
con estrellas o leones,  
con martillos o con barras.  
Olas de 20 confines  
suben, derechas a España.  
Los ríos vuelven su curso  
y hacia adentro se derraman  
con la emoción de otras costas  
en el corazón del agua.  
Hoy tiene mi verso, amigos,  
voz de mar en su garganta.  
El mundo firma en las olas:  
“¡Fraternidad con España!”.

## CUATRO CANTOS A ESPAÑA

*¿Te has quedado largo tiempo rezagada?*  
(Walt Whitman, *España*)

### I

¿Dónde tu luz, tus hondas primaveras  
y aquel alba de almendros impulsores?;  
hoy liba hiel la abeja entre las flores  
y amarguras de invierno en tus meleras.  
Panes de sal cosechas en tus eras  
—sustento de tu herida— y ruiseñores  
mancos de vuelo y tuertos de clamores  
por internas y mudas sementeras.  
¡Qué tristura de yermo este barbecho,  
esta tierra del alma, encadenada,  
sin yuntero cantor...! Sobre tu arena  
cruje un árbol de hielo recién hecho,  
raíz de tu dolor, sombra de nada,  
estatura del llanto y de la pena.

### II

Hijos tienes que te creen vencida,  
ala sin viento, arteria despoblada;  
que, pálida y sin voz, mueres callada,  
boca abajo en tus mares, sometida.

Nada esperan de ti, sienten tu herida,

y heridos van del alma a la estocada,  
sobre la piel del hambre masticada,  
rotos vasos de luz, alba vertida.

Por tu suelo sus manos, desprendidas  
ramas de llanto y corazón segado;  
por tus sonoras tierras invadidas.  
Pronto a sus palmas subirá el sagrado  
redoble de tus sangres, sacudidas  
por el toro que alumbra en tu costado.

### III

Y hay hijos tuyos que en las sombras rojas  
de tu fuego sangrante arman sus brazos,  
y en tu bosque encendido dejan trazos  
de bandera madura y nuevas hojas.  
El hueso mismo de la luz que arrojas  
por la honda claridad de tus balazos  
silva en sus hoces, va en sus martillazos  
y en sus libros heridos. Tú deshojas  
tu voz de incadenable geografía  
como el bronce la torre. Y yo te siento  
tu mano vegetal sobre la mía,  
tu palpito caudal, el yacimiento  
de tus dedos fluviales, la energía  
de tu dolor... Y doy mi juramento.

## IV

Juramento de estar donde se halla  
o más vivo de ti –rojos abriles  
de iluminada sangre en los astiles  
y un olivo cubierto de batalla–;  
con todos los que heridos de muralla  
desentierran del alma sus fusiles  
y tercamente llenan de perfiles  
erguidos y sonoros tu medalla.  
Mi medallón de tierras guerrilleras,  
península de rancos litorales,  
corazón cereal de cordilleras:  
si el muro asesinase mis metales,  
mi voz te ascenderán las mensajeras  
raíces de tus rayos vegetales.

## Índice

Mis recuerdos de Marcos, por Clodosbaldo Russián . . . . .	XI
Fernando Macarro Castillo (Causa N° 120.967) . . .	1
¿Quién es Marcos Ana?, por Aerre . . . . .	3
Carta de Pablo Neruda. . . . .	5
Carta de Rafael Alberti y María Teresa León . . . . .	6
Traigo una voz encarcelada, por Marcos Ana . . . . .	10

### *Te llamo desde un muro*

Autobiografía. . . . .	31
Te llamo desde un muro. . . . .	32
¡Buscad acero!. . . . .	33
Yo denuncié. . . . .	35
Amnistía . . . . .	36
Roja energía. . . . .	37
A España en su jornada por la amnistía. . . . .	38
Proclama de abril. . . . .	39
Hasta las piedras . . . . .	40
Prisión Central. . . . .	42
Norma . . . . .	43
Romance de la amnistía. . . . .	44
Pequeña carta al mundo. . . . .	46
Carta a nuestros amigos de América Latina . . . . .	49

### *Poemas escogidos*

El mensaje . . . . .	57
¿La vida? . . . . .	58

A los católicos . . . . .	60
Mi casa y mi corazón. . . . .	62
Mi corazón es patio . . . . .	63
Siempre . . . . .	66
Alta campana. . . . .	67
Alma no llores . . . . .	70
Coral de corazones . . . . .	71
Canto absoluto a la libertad. . . . .	72
Elegía al Doctor Bartrina. . . . .	74
Elegía a Luciano Parrondo . . . . .	75
A España . . . . .	78
Pudo el ciprés . . . . .	79
Imaginaria . . . . .	80
Voy soñando . . . . .	82
Hablar en paz. . . . .	84
De río a río. . . . .	86
Poblad mis soledades. . . . .	87
Reiteración. . . . .	89
Oración a la patria . . . . .	90
Romance para las doce menos cuarto . . . . .	91
Navidad . . . . .	95
Carta urgente a la juventud . . . . .	96
Me duelen estos seres . . . . .	99
Siento los pasos de la luz. . . . .	100
Asturias . . . . .	101
¿Puedes aún, España? . . . . .	103
Ocaso grana. . . . .	105
Mano abierta . . . . .	106
Hogar herido . . . . .	107
¡Solidaridad para España! . . . . .	108

Este libro se terminó de imprimir  
durante el mes de *diciembre de 2008*  
en la Fundación Imprenta de la Cultura  
3000 ejemplares